

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Algun tanto intimidado por la sosegada firmeza del patricio, se inclinó Rodolfo sin responder palabra; deslizó la bolsa en su seno, y corrió á engolfarse en lo más rúico del bullicio; mas antes de su llegada se habia verificado una reaccion repentina.

Apenas quedó el caballero solo en la silenciosa calle, siguió con los ojos al mercenario, cuya armadura pudo distinguir largo tiempo por iluminarla los oblicuos resplandores del sol de ocaso; y dijo para sí con amargura: ¡Infeliz ciudad! ¡Reina caída de mil naciones! ¿Como tus impíos y desnaturalizados hijos han podido envilecerte y abandonarte hasta tal extremo? Divididos tus nobles se despedazan unos á otros: maldícenlos el pueblo: tus sacerdotes, que deberian conservar y promover la paz, siembran la discordia; el padre de la iglesia se refugia á una ciudad de las Galias, desertando de sus sagrados muros, su legitimo asilo. ¡Y nosotros! Nosotros los hijos de las mas gloriosas casas de Roma, nosotros los descendientes de los Césares, los vástagos de los semidioses, ejercemos un poder opresor y aborrecido, merced á la espada de soldados extranjeros que se mofan de nuestra cobardía al recibir nuestro salario, subyugan á nuestros conciudadanos, y en recompensa dictan la ley á sus propios señores. ¡Oh! ¿Por qué no se persuaden los gefes hereditarios de Roma que su única salvaguardia legal deberia encontrarse en los agradecidos corazones de sus compatriotas?

Tan viva y profundamente sentia el jóven Adriano la verdad de sus lamentaciones, que las acompañaba con su llanto; ni esperimentó bochorno alguno al enjugárselo, porque el sentimiento que impulsa á llorar sobre un pueblo caido, no se parece á la ternura de las mugeres, sino á la de los ángeles.

Como se volviese con lentitud para seguir su camino, detuvo sus pasos el grito, ¡Rienzi! ¡Rienzi! que vibró en los aires. Repetíase este nombre desde los muros del Capitolio hasta las orillas del Tiber, y al perderse los últimos ecos de este general clamoreo, sobrevino un silencio tan cabal y tan profundo como si la muerte hubiese tendido sus alas sobre Roma. Entonces, y á uno de los extremos de la muchedumbre, elevado por encima de su nivel sobre enormes masas de piedras estraidas de las ruinas en uno de los últimos alborotos, para servir de barrera entre los ciudadanos armados unos contra otros: sobre aquellas piedras, mudos monumentos de la grandeza pasada y de la miseria presente de la señora del mundo, se veia en pie á aquel hombre extraordinario, que tanto sabrepújó á sus contemporáneos todos en el vivo sentimiento de la gloria antigua y de la degradacion moderna de su comun patria.

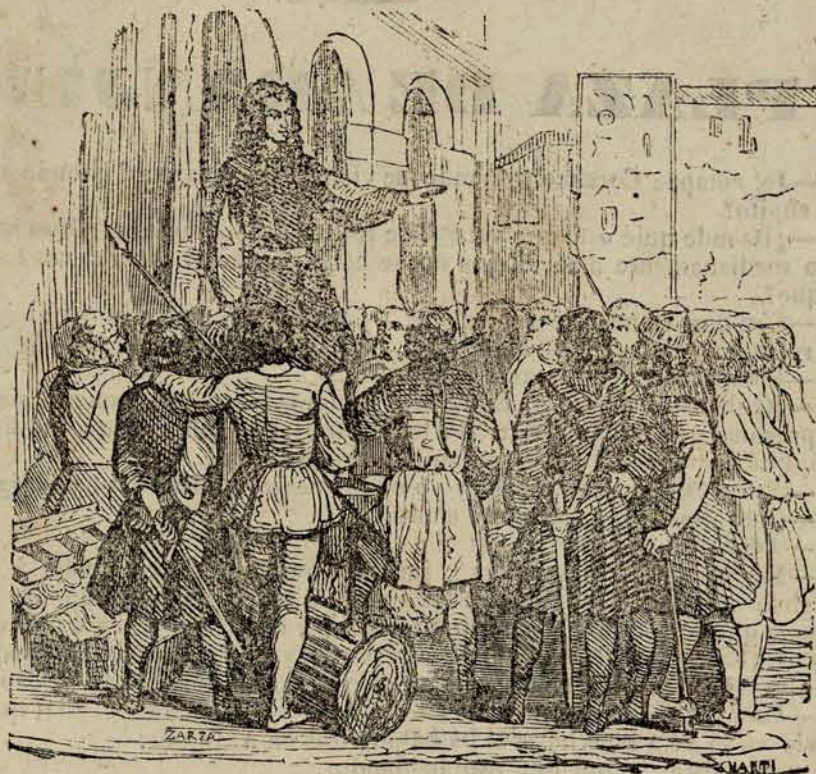


A la distancia en que se hallaba Adriano de la escena, solo podia distinguir la figura del orador proyectándose en negro sobre el cárdeno horizonte, solo percibia

el vago sonido de su poderosa voz, y entre las olas sumisas, aunque agitadas, de aquel océano de seres humanos, que se dilataba en torno del orador con la cabeza desnuda y espuesta á los últimos rayos del astro del dia, alcanzaba el mágico efecto de una elocuencia, descrita como milagrosa por sus coetáneos, pero cuyo inmenso influjo se fundaba acaso en las simpatias del auditorio.

Por cortísimo espacio permaneció aquella figura visible á los ojos y vibró aquel acento en los oídos de Adriano; mas bastó para producir todo el efecto que se habia prometido.

Continuara.



REVISTA DE TEATROS.

El célebre tenor Gardoni y el baritono Latour, que han alcanzado grande fama en los primeros teatros de Europa, acaban de ser ajustados en el teatro de la ópera de Paris. Tambien tratan de ajustar la famosa contralto Stadigl.

El teatro Udem de París que ha terminado su año cómico el 1.º del actual, se inaugurará el 15 de setiembre con el Hamlet de Shakspeare, traducida literalmente por M. M. Wailly y Deschamps. Terminada esta representacion, dará un drama en cinco actos de M. Leon Gozlay, titulado: *Nuestra Señora de los Abiones*.

Nuestro corresponsal de Sevilla nos dice lo siguiente:

Antenoche á sido puesto en escena á beneficio del Sr. Romea, (don Julian,) el hermoso y sentimental drama titulado: *el Campanero de San Pablo*. Desde el momento que supimos que el Sr. Romea lo habia elegido para su beneficio concebimos grandes esperanzas tocante á su ejecucion.

El actor Romea, ha obtenido en el difícil papel del ciego, presentado con tan verdad, un nuevo y glorioso triunfo. Con una facilidad admirable profundizaba en lo mas hondo del sentimiento, y descubria perfectamente los mas imperceptibles rasgos, las mas ligeras medias tintas del orijinal que representaba. ¿Quien no admiró en el cazador Tom, el ansia, los vehementes deseos, conque pedia al médico Albinus que le devolviese la vista? ¿Quien no sintió sobresaltado el corazon cuando al escuchar la voz de María, se arroja precipitado á su encuentro? El referir los momentos en que el actor Romea, apareció sublime, grande, verdadero artista, sería nunca acabar. Baste decir, que en *el Campanero de San Pablo*, ha estado el Sr. Romea inimitable. Concluido el drama, fué hecho salir á la escena y saludado por el entusiasmado público con estrepitosos bravos y aplausos.

Sentimos en el alma, que tan sobresaliente actor abandone la escena Sevillana tan pronto, porque á la verdad quisieramos poseerle por mas tiempo; mas su premeditada marcha á Granada nos lo arrebató. Quisieramos pero creemos sea inútil nuestra pretension que el Sr. Romea ejecutase *el Mulato* ó ya que no pueda ser en este momento, hiciese por volver á esta capital para tener el placer de verle otra vez en nuestra escena, á cuyo recuerdo no podrá menos que vanagloriarse. Las simpatias que el actor Romea, deja en el público sevillano, creemos que no puede arrancarlas ningun otro actor de España.

Concluiremos este pequeño artículo, lamentando la intolerancia con respecto á algunos actores. Conocemos que sus méritos no son superiores, pero cuando no hay otra cosa, es preciso ser indulgente. Además, justo es que se muestre la desaprobacion, cuando el actor ó atriz la merezca; pero no es justo que se espresen tan luego como cualquiera de ellos aparazca en la escena. ¿Cómo podrá ninguno ni

quiera hablar, cuando apenas aparece, es desairado? Necesario es que seamos tolerantes, no sin que seamos justos, cuando la ocasión la requiera.

J.

Nuestro corresponsal de Valencia nos dice lo siguiente:

Las funciones dramáticas de la Presente semana, han sido la *Pata de Cabra*, la *Corte del Buen Retiro* y *D. Alvaro*; las cuales además de haberse ejecutado bien en lo general, han producido tres buenas entradas á la empresa, gracias á la afluencia de gentes que la corrido de toros atrajo á esta capital.

El *Moisés* de Rossini puesto en escena por la compañía filarmónica, es una partitura divina cuya religiosa unción y cantos sublimes arroban el alma y la humillan ante la magestad del Omnipotente. Muchas veces y en diferentes partes habíamos oído cantar esta ópera, pero nunca nos ha producido tan profunda sensación como ahora, lo cual atribuimos, menos al mérito de su ejecución, que á la disposición de nuestro ánimo sin duda: el *Moisés* es una de las bellas hojas de la inmortal corona que ciñe las sienes del divino compositor, del padre de la música moderna, del inspirado autor de la *Semiramis* y *Guillermo Tell*. Su alma privilegiada se adapta á todos los afectos, y su arpa celestial siempre aparece mágica y sublime, ora resuene en sus cuerdas de oro el llanto del amante, ora narre las grandezas del Hacedor del mundo, ú entone cánticos de libertad é independencia: el genio y la inspiración han sido siempre inseparables compañeros de su alma y de su pensamiento.

El mérito de la obra que nos ocupa solo podríamos apreciarlo cuando la oyéramos cantar por artistas que pudiesen remontarse á su elevada altura: por desgracia estos son muy pocos en Europa, y habremos de contentarnos con lo que tenemos.

TOROS.

PLAZA DE ARANJUEZ.

—Je! compae Corchao! ¿daonde se viene tan macareno? ¿aonde va su mersé tan súpito?

—¿Daonde quié osté que venga? de los toros de Aranjuez. ¿Pues hay una presona medianamente afisioná que no se haiga largao al Sitio á ver los vichos del Duque?

—Con qué viene usté de allá? ea!... pues apécese usté e la jaca, y tomaremos un refrigerio en ca e Jose Maria.

—Compare estoy mu cansao....

—¿Quié osté cayase?... Entre osté aquí que hay cuatro amigos, sin contar con mi presona, que estamos echando los livianos por saber de un inteligente como osté, qué es lo que ha pasao por aqueyos andurriales.

—Eso está puesto en rason, y yo no me niego nunca á las cosas rigulares.

—Pues alsando!... entre osté elante.

—Adios, cabayeros.

—Muchacho!... Mansaniya y jeré. Ahora van ostés á escuchá á mi compae Corchao, que nos va á relatá con tos sus pelos y señales esa estupenda corria e *Veraguas*, que sé yo que le ha dao que haser y que tragá saliva á mas e cuatro gañeros. ¡Ea, compae!... límpiese osté ese goyete con esta uvita, y empiese osté á esembuchá mu poco á poco e con esa claría e luses que Dios le ha dao.

—Cabayeros, son tantos los altos y bajos de la dichosa corria, que, la verdá, toavía no sé yo á estas horas si há habio toros en Aranjuez.

—¡Hombre!... ¿qué está osté hablando?

—Verá osté por qué lo digo.—Es el caso que la funsion estaba señalá pa el domingo siete á las cinco e la tarde, y eran las dies e la mañana y toavía no habia ni una res en el corral. Me largué á los toriles pa tomá nuevas del ganao y saber si verídicamente se correria por la tarde ó si se suspendia la fiesta por estar el día un poco turbio, cosa que luego no estrañé porque al sol le habia dao la humorá de meterse aquel día en el toril y por eso estaban tan á oscuras las cayes de Aranjuez. Estaba S. E. como digo, con unos cuantos cabayeros esperando la llegá de los animalitos: estaba *Capita* como secretario de la vacá del duque, y entonses dije yo pa mi coletó: Pues señó, ya hay toros, y me esperé pa ver el apartao, que es cosa por la que me chupo los deos de gusto. ¡Allí vienen! ya están ahí!... dijeron, y con efeto, ayá á lo lejos vide la torda en que venia el duque llevando la guia, y poco despues dieron fondo los vichos en el corral. Vestia el duque un traje completo de campo, con el que estaba tan bien apañaito, que cualquiera lo hubiera tomao por un ayudante e Claveyino, á no ser por las antiparras que tenia puestas y que iban disiendo lo lusio y levantaio de su presona. Pues señó, así estaban las cosas cuando al señó duque se le puso en la chola de echar juera á toa la gente que ayí estábamos pa jaser el apartao á sus solas y entre cuatro amigos privilegiaos, y ca quisque, á la primera insinuasion, escurrió el bulto, porque eso si, toa era gente e muchísima criansa, compuesta e los endividuos de aquel ayuntamiento y de afisionaos de Madrid, que en aqueya ocasion manifestaron tené bien en la uña el catecismo e la pulítica, porque el regalá cuatro toros pa los probes del Sitio y de los hospitales e Madrid, francamente, cabayeros, no es bastante pa mandá como un empresario en las dependencias de una plaza. Conque nos najamos: cuando hete aquí que á la hora de esto, el alcalde costitucional prohibió la funsion por el solo inconveniente de no ser los toros de resibo. Pues señó, ya no hay toros.

—¿Qué dise osté, compare? ¿Acaso á su señoría lo echaron tambien juera der toril?

—Na de eso, el señor alcalde estuvo en su derecho porque aquellos vichos no se podian presentá en ninguna plaza.

—Pus que tenian?

—Poca cosa; tos eyos tenian *formiguiyo* cual en un asta, cual en otra, de maneña que aquel ganao era de desecho en toas las partes del mundo.

—Pero hombre, á cabayo regalao no hay que mirarle el diente. ¿No era la carne pa los probes?

—Si señó, pero la corria era pa los que habiyelamos trigo, y ahí verá osté. Sobre to, lo que desia ayí uno e nuestra tierra, cuando se regala una cosa, se regala lo mejor y pas criste. Pero ya se ve, los que ya estaban ayí no queriamos quearnos arrebolao y sin visita con siete leguas é camino y rogamos al señó Alcalde que levantara el entredicho siquia por no desairar á S. E. y por no darle á sus contendientes ese plato é gusto. En fuerza de fuerzas y poco menos que de lágrimas, se enternesio la autoridad y dió su venia con la cláusula de que por pregon se previniera al público el estao en que las reses se encontraban.—Pus señó; ya hay toros.

Llegaron las cinco e la tarde, y cabayeros, mentira me paresia que estaba viendo el primero. Se llamaba mercenario, buen moso, negro bragao, boyante y de güena cabeza. Hormigo y Rodriguez le pusieron nueve varas perdiendo cada uno su cabayo. Empezó á llover.—Se le metieron tres pares de banderiyas y por

poco en el primero se quea con la lumbrera é los diestros, con el compae *Capita*, que habiendo salio un poca corto se encontró un brocao en un momento; pero batió de tal modo los alares que cuando llegó á la cabeza del toro ya estaba en jurisdision. En esto sucedió lo que dijo el otro. (1)

Floris, la fiesta pasada
Tan rica de cabayeros,
Si la hicieran taberneros,
No saliera mas aguada.—

Porque fue tantísima el agua que su Magestá ivina empesó á descargar que paresia que el mar de Antígola se habia metio por las puertas é la plasa. Pues señó, ya no hay toros. Salieron los cabestros poco menos que nadando, y recogieron al probe *mercenario* hecho una sopa. El pregonero concluyó el espectáculo disiendo de orden de la autoridad que habiendo sido la corria completamente de *ver-aguas* á las siete y media del día siguiente se empesaria la fiesta como si náa hubiera pasao y se correrian los cuatro toros ofresios, con mas el que se habia quedao á medio torear y la entrá gratis pá tó el mundo. Pues señó ya hay toros. Con esto se aquietó la gente; pero es el caso que la autoridad habia echao la cuenta sin contá con la güespeda, porque á la mañana siguiente dijeron los picadores que eyos estaban ya cumplios: que si la funsion no se habia rematá en la tarde anterior, eyos no tenian la culpa porque á naide de este mundo le habian mandao llover de aqueya manera, y así, que les arriaran en banda el parnés como si fuera otra corria, y lo peor del asunto era que tenian rason; pero la empresa no entendia aqueya cuenta, y al ver que la hora se pasaba, golvimos otra vez á desir; pues señó ya no hay toros. Tira de aquí, alója de ayí, qué haremos, qué no haremos, á la postre quebró la sogá por lo mas delgao, y los picadores por respetos al duque y como gente rumbosa se prestaron á lidiar sin mas arrequebes, y á las dies de la mañana estaba ya tó arréglao.—¡Ea, cabayeros.... ahora si que ya tenemos toros.

Tomó arena el piñonero, negro, de poer y algo marrajo; resibió cinco varas de Hormigo y Rodriguez, desarmando alto; aquel rompió una pica, y este yevó un revolcon de lo fino, porque selió el vicho con el caballo y pisoteó al diestro enviándolo á la enfermeria. Despues supimos que no habia sido cosa é cuidao. Quedóse Hormigo solo y en la primera vara le alcanzó un puntazo en la muñeca, por lo que tuvo tambien que retirarse y salieron de reemplazo *Santi Ponce* y cuatro cuartos, que no hicieron ná é provecho en toa la corria. Mató dos cabayos y lo banderilleó el señó Jordan con la sabiduria que acostumbra: se dispuso á la muerte pegándose á los tableros y dió mucho que haser al espá Antonio del Rio que estuvo bastante desgrasiao por no haberlo citao corto. Le dió ocho pinchazos buenos pero en hueso, y lo remató el cachetero.

Segundo. Peináo, castaño retinto, de cabeza, mojado siempre las agujas, pero blando. Tomó ocho varas y tres pares de *Capita* y el Rubio: mató un cabayo y lo despachó del Rio de un pinchazo y una buena resibiendo.

Tercero. Ventero, negro, bravo y duro pero cedio: entró á dies varas y mató dos cabayos. Jordan y uno de los muchachos le pusieron cuatro pares, y del Rio lo envió á la carniceria de dos pinchazos y una buena.

Cuarto Carrajolo, berrendo capirote, boyante y pegajoso, este hubiera sido el toro é la corria si hubieramos tenio gente á cabayo: con to y con eso entró á dies y seis varas; en la octava sacó de la siya á un picador y lo encunó de tal suerte que si al descargar el achaso no se hubiera interpuesto el capote de Antonio del Rio que se lo sacó limpio, allí se quea. Del sustó y un esgarron en los calsones se retiró á la enfermeria, queandose la plasa por algunos minutos sin picadores.—Mato tres cabayos y el compae *Capita* le palntó como suele dos pares, y por cesion de Rio le dió mulé, el sobresaliente de espá Cayetano Sanz discípulo de *Capita*, de una muy buena y otra asombrosa recibiendo.

Este muchacho será con el tiempo la flor de los mataores si como hasta aquí no se aparta é los consejos de su maestro.

Quinto y último el *Mersenario* e la tarde anterior, que aunque estaba ya banderiyao, le metieron dos pares mas los muchachos y lo concluyó Sanz dirijio por *Capita*, que se lo corrió en toa regla, de una buena resibiendo y de un volapie.

Siguieron dos noviyos pa los afisionaos que no quisimos ver, y se remató la famosa corria que tantas alternativas y dificultades tuvo en sus prensipios.

La gente de á pié merece cualquía cosa porque se portó bravamente sin que alojara un punto en toa la fiesta.

—Ea! pues vaya un trinquis por la jente de á pie.

—Vaya en grasia, y á Dios, cabayeros, que voy á tendé la raspa.

—Salú, señó Corchao, que osté descanse y hasta otra.

—Adios.....

RUBIALES.

(1) Quevedo.



TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: La comedia en dos actos, titulada: UN AGENTE DE POLICIA. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto, titulada: LAS CITAS.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: L' ESULE DI ROMA, ópera en dos actos.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.